

horrible sistema murió Jesucristo para que los hombres tengan libertad de hacer cuanto les plazca sin miedo al castigo. Pero si así acaeciese, ¿con qué fin habría Dios promulgado sus leyes, hecho tantas promesas á los que le sean fieles y fulminado tantas amenazas contra los prevaricadores? Mas no; el Señor no abusa ni engaña cuando habla, quiere que sean exactamente observados los preceptos que nos impone: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis.* (Psal. cxviii, 4.) También condena á los que violan sus leyes: *Sprevisti omnes discedentes á judiciis tuis* (ibid.); y hé aquí para lo que sirve el temor: nos hace solícitos para huir las ocasiones de pecar, y poner los medios para perseverar en el bien, como son la frecuencia de los sacramentos y la oracion continua.

Dice Calvino que, segun el testimonio de S. Pablo, son irrevocables y sin arrepentimiento los dones que Dios hace: *Sine poenitentia enim sunt dona, et vocatio Dei.* (Rom., xi, 29.) Aquel, pues, afirma que ha recibido la fe, y con ella la gracia á que está afecta la salvacion eterna, cuyos dones son perpetuos é inamisibles; aunque caiga en pecado, siempre poseerá la justicia que por la fe le ha sido otorgada. Pero aquí viene al caso una pregunta. Por cierto que David tenia la fe; cayó en el doble pecado de adulterio y homicidio: ahora bien; David en tal estado, y antes de su penitencia ¿era pecador ó justo? ¿Si hubiera muerto entonces, se habria condenado ó no? No puedo creer que nadie se atreva á decir que se hubiera salvado. David, pues, dejó de ser justo, como él mismo lo confesaba despues de su conversion: *Iniquitatem meam ego cognosco*; y por eso pedia al Señor borrarse su pecado: *Dele iniquitatem meam.* (Psal. l.) En vano se diria que el que está predestinado no se cree justo, sino porque hará penitencia de sus pecados antes de morir; digo en vano, porque la penitencia futura no puede justificar al pecador que está al presente en desgracia de Dios. Refiere Bossuet que esta gran dificultad que se opone á la doctrina de Calvino, ha hecho que muchos calvinistas se conviertan (1).

Pero antes de terminar este punto, veamos los lugares de la Escritura en que apoya Calvino su doctrina. Dice que enseña el apóstol Santiago, que las gracias entre las cuales la principal es la perseverancia, deben pedirse á Dios sin dudar obtenerlas: *Postulet autem in fide, nihil hæsitans.* (Jac., i, 6.) Jesucristo ha dicho lo mismo: *Omnia quæcum-*

(1) Boss., Variat., l. 14, n. 46.

que orantes petitis, credite quia accipietis, et venient vobis. (Marc., xi, 24.) Luego, decia Calvino, aquel obtiene la perseverancia que la pide á Dios, creyendo que la recibirá por la promesa divina que no puede faltar. Aunque sea infalible la promesa de Dios de oír á los que le piden, esto no sucede sino cuando pedimos las gracias con todas las condiciones requeridas; y una de las que exige la oracion eficaz, es la perseverancia en pedir; pero si no podemos estar ciertos que en lo sucesivo perseveraremos en la oracion, ¿cómo podremos estarlo de perseverar al presente en la gracia? Objeta también Calvino lo que decia S. Pablo: *Certus sum enim, quia neque mors, neque vita... poterit nos separare à charitate Dei.* (Rom., viii, 38 et 39.) Aquí no habla el Apóstol de una certeza infalible de fe, sino de una simple certeza moral, fundada sobre la misericordia divina, y sobre la buena voluntad que Dios le daba para sufrir toda clase de penalidades, mejor que separarse del amor de Jesucristo.

Mas dejemos á Calvino para escuchar lo que dice el concilio de Trento acerca de la certeza enseñada por Calvino con motivo de la perseverancia y de la predestinacion. Sobre el primer punto, dice: « Si quis magnum illud usque in finem perseverantia donum se certo habiturum, absoluta et infallibili certitudine dixerit, nisi hoc ex speciali revelatione dixerit; anathema sit. (Sess. vi, c. 16.) Y sobre la predestinacion se expresa así (ibid., c. 15): « Si quis dixerit hominem renatum et justificatum, teneri ex fide ad credendum, se certo esse in numero prædestinatorum; anathema sit. » Así es cómo definió el concilio con la mayor claridad y precision todos los dogmas de fe, que deben creerse contra los errores sostenidos por los novadores. Lo cual se ha dicho contra los sectarios que echan en cara al concilio de Trento el haber decidido las controversias de una manera equívoca, siendo por ello causa de que se perpetuaran en vez de terminarse. Pero declararon mil veces los PP. del concilio, que respecto de las cuestiones que entre los teólogos católicos se agitaban, no era su ánimo decidir las, que solo querian definir lo perteneciente á la fe, y no condenar mas que los errores sostenidos por los pretendidos reformados, cuyo objeto era reformar, no las costumbres, sino los antiguos y verdaderos dogmas de la Iglesia católica. Por esta razon acerca de las opiniones de nuestros teólogos se explicó el concilio con ambigüedad sin decidir; mas sobre las verdades de fe atacadas por los protestantes, se expresó con la mayor

claridad y sin equívoco; y solo encuentran en él ambigüedades los que no quieren conformarse á sus definiciones. Pero volvamos á la cuestion. Enseña el concilio que nadie puede estar cierto de su predestinacion; y en efecto, si no puede estarlo de su perseverancia en el bien, ¿cómo pudiera tener la otra certeza? Replica Calvino: Pero dice S. Juan: *Vitam habetis æternam, qui creditis in nomine Filii Dei.* (I Joan., v, 13.) Luego el que tiene fe en Jesucristo, posee la vida eterna. Respóndese á esto, que el que cree en Jesucristo, pero con una fe perfeccionada por la caridad, tiene la vida eterna, no en posesion, sino en esperanza, como enseña S. Pablo: *Spe salvi facti sumus* (Rom., viii, 24), puesto que para obtener la vida eterna, es necesaria la perseverancia en el bien: *Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Matth., x, 22.) Pero tan inciertos como estamos de nuestra perseverancia, lo estamos también de la vida eterna.

Objetan los sectarios que la incertidumbre de la salvacion es un objeto de dudas sobre las promesas que ha hecho Dios de salvarnos por los méritos de Jesucristo. Las promesas de Dios son infalibles, por consiguiente no podemos dudar que Dios nos sea fiel, y nos otorgue lo que tiene prometido. Mas de nuestra parte hay que dudar y temer, porque podemos faltar quebrantando sus divinos mandamientos, y perder de este modo la gracia, y entonces no está Dios obligado á cumplir su promesa, antes lo está á castigar nuestra infidelidad: hé aquí por lo que nos exhorta S. Pablo (Phil., ii, 12), á obrar nuestra salvacion con temor y temblor. Así que, tan ciertos debemos estar de la salvacion, si somos fieles á Dios, como debemos temer perdernos, si le somos infieles. Pero se nos dice, este temor é incertidumbre turba la paz de nuestra conciencia. ¡Ah! La paz de la conciencia á que podemos llegar en esta vida, no consiste en creer con certeza que nos salvaremos, porque el Señor no nos ha prometido semejante seguridad; consiste en esperar que nos salvará por los méritos de Jesucristo, si somos solícitos de vivir bien, y si por medio de nuestras oraciones tratamos de obtener el auxilio divino para perseverar en la buena vida. Y tal es la rutina de los herejes, que fiándose en la certeza de la fe respecto de su salvacion, se pagan poco de observar la ley divina, y aun menos de pedir, y no pidiendo permanecen privados de los auxilios divinos que les son necesarios para vivir bien, y así se pierden. En esta vida, que está llena de peligros y de tentaciones, tenemos

necesidad de un auxilio continuo de la gracia que no se obtiene sin la oracion; por esto nos enseña Dios la necesidad en que estamos de pedir siempre: *Oportet semper orare, et non deficere.* (Luc., xviii, 1.) Pero el que se crea seguro de su salvacion, y que juzgue que la oracion no es necesaria para este fin, se cuidará poco ó nada de pedir, y así se perderá ciertamente. Al contrario, el que está incierto de su eterna felicidad, y teme caer en el pecado, y perderse, estará incesantemente atento á encomendarse á Dios que le socorrerá, y de este modo puede esperar obtener la perseverancia y la salvacion. Y hé aquí la sola paz de conciencia que podemos tener en esta vida. Pero cualesquiera que sean los esfuerzos de los calvinistas para encontrar la paz perfecta, creyéndose asegurados de su felicidad eterna, jamás podrán llegar allí por el camino emprendido, tanto mas que leemos (1), que conforme á su doctrina, el sínodo mayor de Dordrecht (artículo 12) decidió que el don de la fe (el cual, como ellos dicen, lleva siempre consigo la justificacion presente y futura,) no es concedido por Dios mas que á los escogidos. ¿Cómo, pues, el calvinista ha de estar infaliblemente cierto de pertenecer al número de los escogidos, si no sabe que lo es? Luego al menos por esta razon no puede menos de vivir incierto acerca de su salvacion.

Obscenidad. Palabra ó accion capaz de ofender el pudor. Una de las mas crueles acusaciones que tenemos que hacer contra los escritores de nuestro siglo, y aun contra muchos de nuestros filósofos, es la de haber manchado sus plumas con *obscuridades*, tanto en verso como en prosa. No solo han tratado de justificar por medio de sofismas la mas brutal de todas las pasiones, sino que han trabajado para introducirla en todos los corazones por todos los medios posibles. Los libros, las pinturas, los grabados, las estatuas, los espectáculos licenciosos, todo se expone en medio del dia, en las calles y en las plazas públicas. El pudor se ve obligado á huir, por no tener continuamente que avergonzarse de unos objetos que ofenden á su vista.

Aquel que hubiere hallado el funesto secreto de emponzoñar el aire que respiramos, y pusiera en uso este arte para probar su habilidad en materia de química, mereceria ciertamente penas aflictivas; los que emplean sus talentos en corromper las costumbres, ¿son por ventura menos culpables?

(1) Boss., Variat., l. 14, n. 56.

Su nombre debería ser tildado de infamia, y entregado á la execracion de la posteridad.

« Desgraciado, dice Jesucristo, de aquel que escandaliza; mas le valdria ser precipitado al fondo del mar, que no haber escandalizado y ser responsable de la perdicion de sus hermanos. » *Mat.*, xviii, 7. Esto es hacer el mal por el mal; si pudiera haber un crimen irremisible, seria seguramente la *obscenidad*. S. Pablo dice á los fieles: « Que ninguna *obscenidad*, ninguna palabra indecente salga de vuestra boca, esto no conviene á unos santos. » *Efes.*, v, 3. Los apologistas del cristianismo han dado por prueba de la santidad y divinidad de nuestra religion el cambio que obra en las costumbres, la castidad, la modestia, el recato y circunspeccion en las palabras y acciones que ha hecho reinar en los que la han abrazado.

La Iglesia ajustó su disciplina á las leyes del Evangelio. En el siglo IV, un obispo convicto de haber escrito libros licenciosos en su juventud, y que no quiso suprimirlos, fué depuesto. Estaba severamente prohibido, con especialidad á los clérigos, leer estas clases de obras. S. Jerónimo se expresa sobre este punto con la vehemencia comun de su estilo. *Epist.* 141, *ad Damasum*. Una de las razones por que la lectura de los libros de los paganos se prohibió á los fieles, era por las *obscenidades* de que la mayor parte estaban llenos.

No obstante, muchos autores paganos, y aun los poetas, han vituperado la licencia ó desenfreno que reinaba en su tiempo en los discursos y en los escritos; y en esto han rendido homenaje á la santidad y pureza de las leyes del cristianismo.

Casi en nuestros dias, á un escritor que se ha hecho igualmente célebre por su escepticismo en materia de religion, y por el estilo cínico de sus escritos, no le ha sido posible evitar el vituperar este segundo defecto en un poeta italiano; conviene en que este autor se ha defendido mal, cuando se le ha imputado su torpeza. Bayle, *Dicc. crit.*, *Guarin*, C. D.

Tampoco ha salido mejor parado Bayle en la apología que compuso de sí mismo en una explicacion colocada al final de su *Diccionario critico*. Brucker protesta que despues de haber leído sin prevencion esta pretendida justificacion, le ha parecido despreciable. *Hist. filosófic.*, t. 4, p. 601. Bueno es hacer ver que esta censura no es demasiado severa, porque otros escritores obscenos han alegado las mismas excusas con tan poca justicia y éxito.

Bayle dice: 1º Que es preciso referirse en este punto al testimonio de las mujeres; como si fuera necesario su dictámen para decidir un punto de moral. Aun cuando la mayor parte hubieran tenido el entendimiento y el corazon pervertidos por la lectura del *Diccionario critico*, ¿habrian querido confesarlo? En este caso, lo que mejor debería haber hecho Bayle, era apelar al testimonio de los libertinos.

2º Afirma que las *obscenidades* groseras son menos capaces de ofender al pudor, que cuando están encubiertas bajo expresiones castas en apariencia. Aun cuando esto fuese cierto, solo se seguiria que las unas son menos criminales que las otras, pero no que sean inocentes ó inofensivas. De hecho este autor es culpable de estas dos especies de crímenes, pues su libro está lleno de *obscenidades*, tanto groseras como encubiertas.

3º Pretende que estas clases de deshonestidades son menos chocantes en un libro que en la conversacion. No se trata de saber si son menos chocantes, sino si son menos capaces de manchar la imaginacion y excitar las pasiones impuras. Así es que afirmamos que lo son mas, porque una lectura se hace sin testigos, y se reflexiona sobre ella con mas satisfaccion y libertad que no en la conversacion. Resulta siempre por cierto que en uno y otro caso son muy dignas de reprobacion.

4º Dice que la mayor parte de los que han leído su libro, ya anteriormente habian leído otros que eran mucho mas capaces de pervertirlos, que nada de nuevo han aprendido en el suyo. ¿Es esto cierto respecto á todos sus lectores? Y aun cuando lo fuera, porque un hombre haya antes tomado una dosis de veneno, no es lícito darle mas, y aumentar el efecto que el primero ha debido producir. Si no hubiera habido mas que una sola persona pervertida con la lectura de Bayle, ¿no seria esto suficiente para hacerle inexcusable?

5º Alega por razon que no le era posible evitar este defecto en su diccionario. Esto es de todo punto falso; si se suprimiesen todos los pasajes escandalosos de esta obra, ganaria mucho. Pero, lejos de tratar de evitarlos, se ve que el autor se esmera en acumularlos; parece que no ha escudriñado la antigüedad sino para reunir en su libro todas las anécdotas impuras.

6º Se cree autorizado con el ejemplo de muchos autores apreciables, quienes han despreciado en este género la crítica del público. ¿Es pues esta la causa de que ellos

hayan merecido la estimacion? Un desorden, por multiplicado que sea, no es por esto menos odioso; y porque haya reinado mas ó menos en todos los siglos, no se tiene derecho por esto para perpetuarlo. El gran número de los que incurren en él, es justamente lo que constituye el oprobio de la literatura; el mal ejemplo jamás prescribirá contra los derechos de la razon, del buen sentido y de la virtud.

7º Ha llevado mas lejos su temeridad, queriendo justificar su conducta con la de los autores sagrados que llaman á todas las cosas por su nombre sin ningun rodeo, por las de los PP. de la Iglesia que han referido ingenuamente todas las torpezas de los paganos, por la de los casuistas quienes entran en los detalles mas escandalosos en orden á los pecados contrarios al sexto precepto del Decálogo.

Se le habia respondido: 1º que los casuistas tienen necesidad de entrar en estos detalles, y que no les es posible ocultarlos bajo expresiones castas; 2º que no escriben en lengua vulgar, ni para toda clase de lectores; 3º que han escrito en un siglo menos licencioso que el nuestro; 4º que no desean pervertir á sus lectores, sino al contrario hacer conocer las circunstancias agravantes y la enormidad de las faltas que pueden cometerse contra el sexto precepto del Decálogo.

Bayle replicó que tambien él se habia visto obligado á reunir lo bueno y lo malo en un diccionario histórico: ya le hicimos ver que esto es falso. Dice que las *obscenidades*, en latin, no causan menos impresion que en frances. Sea así por un momento; por lo menos no son leídas en los casuistas mas que por un pequeño ó corto número de hombres, los cuales en razon de su edad, de su profesion, y la necesidad en que se encuentran, por el motivo que se proponen, y por las precauciones que toman, están á cubierto del peligro; ¿los lectores de su libro se hallan en el mismo caso? Añade que no es verdad que nuestro siglo está mas corrompido que los precedentes. Sin disputar sobre lo mas ó lo menos, ¿no lo está suficiente para hacer muy mal uso de las complicaciones de Bayle? Que nos diga de qué utilidad pueden ser, caso de que lo sean, las *obscenidades* que ha reunido.

Por consiguiente, no sin razon juzgó Brucker todas sus excusas muy malas. Mas es esencial manifestar que Bayle ha sido mas injusto en alegar el ejemplo de los autores sagrados y de los PP. de la Iglesia, y que los

incrédulos que han copiado semejante acusacion están muy mal fundados.

Es preciso recordar desde luego que el estilo de los libros hebreos no es como el nuestro, porque las costumbres del mundo antiguo no se asemejan á las del mundo moderno. « Cuando un pueblo es salvaje, dice un sabio magistrado, es sencillo y sus expresiones lo son tambien; como no le ofenden, no tiene necesidad de buscar otras mas tergiversadas, signos harto ciertos de que la imaginacion ha corrompido el idioma. El pueblo hebreo era medio salvaje, y el libro de sus leyes trata sin rodeo de las cosas naturales que nuestros idiomas tienen cuidado de ocultar. Esta es una señal de que semejantes modos de hablar nada tienen de licenciosos; pues no se hubiera escrito un libro de leyes de una manera contraria á las costumbres. » *Tratado de la formacion mecánica de las lenguas*, tom. 2, n. 189.

« Un pueblo de sanas costumbres, dice un deísta célebre, tiene términos propios para todas las cosas, y estos términos son siempre decorosos, porque se emplean siempre inocentemente. Es imposible imaginar un lenguaje mas modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo se dice en ella con ingenuidad.

» ¿De dónde dimana nuestra delicadeza en punto á lenguaje, pregunta otro filósofo? Es porque cuanto mas depravadas son las costumbres, tanto mas comedidas son las expresiones. Se cree volver á ganar en lenguaje lo que se ha perdido en virtud. El pudor ha huido de los corazones y se ha refugiado en los labios. »

Con efecto, los niños y las personas sencillas é inocentes hablan de todo sin avergonzarse; no ven en esto ninguna consecuencia. El deseo culpable de hacer oír *obscenidades*, es lo que obliga á los impúdicos á servirse de expresiones tergiversadas, á fin de alarmar menos; gracias á su habilidad, ya no hay casi términos castos en nuestra lengua.

Una prueba de la verdad de estas reflexiones es, que en la continuacion de los siglos, cuando las costumbres de los judíos se corrompieron por su comercio con las naciones extranjeras, prohibieron la lectura de ciertos libros de la Sagrada Escritura antes de haber cumplido treinta años de edad, y no se hallan ya en el nuevo Testamento los mismos modos de hablar que en el antiguo. El uso establecido en el Oriente de encerrar á las mujeres y hablar rara vez con ellas, ha debido introducir en el lenguaje de los hombres

mayor libertad y naturalidad que entre nosotros. Nada hay tan indecente, según nuestras costumbres, como el capítulo de las leyes de los *gentous* indios, concernientes al adulterio; no se puede presumir que fuesen tan escandalosas según las costumbres de los indios.

¿Pero qué hacen nuestros filósofos incrédulos? Ponen extremado esmero en representar á los ojos de un siglo licenciosas pinturas que solo eran soportables en la inocente simplicidad de las primeras edades. Traducen en toda su energía pasajes que un lector casto se hace un deber de omitir al leer los libros santos; desprecian las precauciones que toma la Iglesia para no colocarlos sino en manos de gentes incapaces de abusar de ellos. Después se creen autorizados por su maligna propensión, bien para declamar contra nuestros libros santos, ó ya para escribir *obscenidades* contra su autor.

Las mismas razones, que justifican á los autores sagrados, sirven también para hacer la apología de los PP. de la Iglesia. 1º Las costumbres del Asia y del Africa no eran iguales á las nuestras, ni el lenguaje de aquellos tiempos tan retocado ó refinado como el nuestro. En general, el carácter de estos pueblos nos parece duro y grosero; la cultura de que hacemos profesión les era desconocida; aun al presente no se halla entre los orientales, y todavía menos en las costas del Africa. 2º Los Padres hablaban ó á los paganos ó á los cristianos; hubiera sido ridículo temer escandalizar á los primeros, llamando por su nombre á unos desórdenes comunes y públicos entre ellos, ó alarmar á los segundos al referirles crímenes de que habían sido testigos. San Pablo los ha enumerado en su Epístola á los romanos. 3º Los Padres únicamente hacen mención de ellos en el estilo más capaz de hacer sentir toda su torpeza é inspirar horror hacia ellos; en vez de que Bayle y sus imitadores recuerdan su memoria en un tono festivo y burlesco, sin ninguna señal de desaprobación y únicamente para divertir á los lectores corrompidos.

Barbeyrac, en su *Tratado de la moral de los PP.*, acusa á S. Clemente Alejandrino de haber entrado en un detalle demasiado minucioso acerca de los pecados de impureza en su *Pedagogo*, y á S. Jerónimo de no haber guardado el suficiente pudor en las reprensiones que dirige á Joviniano. Le Clerc juzga que S. Agustín cometió la misma falta cuando escribió contra los pelagianos su tratado de *Nuptiis et Concupiscentia*. Pero independien-

temente de las razones que hemos expuesto, estos ancianos venerables, cuya austeridad de costumbres está por otra parte bien probada, se hallaban seguramente en mejor estado que los escritores del décimo séptimo ó décimo octavo siglo, de ver lo que podía ó no escandalizar á los cristianos de su tiempo.

Tal ha sido y será siempre la equidad de los protestantes. Cuando los PP. han hablado de las acciones impuras, para hacer que se avergonzasen de ellas los paganos ó los herejes, é inspirar hacia semejantes acciones horror á los infieles, ha sido un crimen á los ojos de estos moralistas rígidos; mas cuando sus controversias han forjado *obscenidades* abominables para cubrir de oprobios á la Iglesia romana, entonces han obrado bien; pues obraban por celo á favor de la buena causa, y era preciso no vituperarlo: el mismo Bayle ha citado su ejemplo para justificarse. V. IMPUDICIA.

Obsequias. V. FUNERALES, ORACIONES POR LOS DIFUNTOS.

Observancia religiosa ó eclesiástica. Se llaman así los usos que han sido ó mandados por alguna ley positiva de la Iglesia, ó establecidos por una tradición cuyo origen no se conoce. Los protestantes hacen profesión de desecharlos; exigen que toda práctica religiosa esté fundada en la Sagrada Escritura. Algunos de nuestros escritores han querido autorizarse con un pasaje de Tertuliano, *lib. de Oratione*, c. 12. Este padre, dicen, hablando de las *observancias*, juzga « que es preciso desechar las que son vanas en sí mismas, las que no se apoyan en ningún precepto del Señor ó de sus apóstoles, las que no son obra de la religión, sino de la superstición, las que no se fundan en ninguna razón sólida, y por fin, las que están conformes con las ceremonias paganas. » Pero este pasaje está traducido con una intención muy dañada. Repitiendo la voz *las*, que no hay en el texto, se hace decir á Tertuliano lo contrario de lo que piensa y de cuanto enseña en otras partes. Parece que, según ellos, para desechar una práctica, basta con que no esté mandada por Jesucristo ó los apóstoles, ó que tenga alguna semejanza con las costumbres de los paganos. No es esto lo que quiere significar Tertuliano; dice que se deben desechar las *observancias* que son vanas en sí mismas, es decir, que no pueden producir ningún buen efecto, que no están apoyadas en ningún precepto del Señor ó de los apóstoles, que no son obra de la razón, sino de la superstición, y que no se fundan en alguna razón sólida. Presenta por ejemplo la

preocupación de los que formaban escrúpulo en orar con una capa sobre los hombros. Convenimos en que esta vana *observancia* reunía todos los caracteres de la reprobación, de que habló Tertuliano, y que era condenable.

¿Se sigue de aquí que nosotros debemos abstenernos de hacer la señal de la cruz ó ayunar la cuaresma, porque Jesucristo ni los apóstoles no han impuesto sobre estas cosas un precepto formal? Pues qué, ¿no es un crimen el arrodillarnos para orar, ó hacer á Dios ofrendas, porque los paganos hacían lo mismo?

Tertuliano se explica con mayor claridad en su tratado *de Corona*, c. 3. « Hay, dice, *observancias*, que guardamos sin que estén autorizadas por un texto de la Escritura, sino fundadas en la tradición y en la costumbre. Antes de entrar en las fuentes del bautismo, protestamos al obispo que renunciamos al demonio, á sus pompas y á sus ángeles. Somos sumergidos tres veces, y decimos alguna cosa más que lo que el Señor ordenó en el Evangelio. Gustamos después de una mistura de leche y miel, y desde este día nos privamos del baño durante toda la semana. Recibimos el sacramento de la Eucaristía que el Señor nos manda á todos, ya sea á la hora de nuestra comida, ó bien en nuestras asambleas antes de amanecer, pero de ninguna otra mano más que de la de nuestros directores. Todos los años hacemos oblaciones por los difuntos el día de su muerte. Nos abstemos de ayunar y orar de rodillas el domingo; lo hacemos desde el día de Pascua de Resurrección hasta Pentecostés. Evitamos el dejar caer en tierra ninguna partícula de nuestro pan ó de nuestra bebida. Antes de ir y volver, de entrar ó salir, de vestirnos, bañarnos, de sentarnos á la mesa, ó de acostarnos, ó encender luz, y en una palabra, antes de ejecutar todas nuestras acciones, hacemos sobre la frente la señal de la cruz. Si para todas estas *observancias* y otras semejantes exigis un precepto de la Escritura, no le hallaréis; la tradición las ha establecido, la costumbre las ha confirmado, y la fe las conserva. »

Cuando objetamos á los protestantes este pasaje de Tertuliano, dicen que este Padre era montanista. A la verdad, ni lo era más al escribir su libro *de Corona*, que cuando compuso su tratado *de Oratione*. Y aunque lo hubiera sido cien veces más, ¿es por esto menos digno de crédito cuando manifiesta lo que se hacía en su tiempo y cuando da la razón por que se hizo? Esto nada tiene que ver con los errores de Montano. Si nos acon-

teciese recusar el testimonio de un autor, precisamente por ser hereje, los protestantes lo atribuirían á la prevención, á la preocupación, al fanatismo.

Hay sin duda *vanas observancias* que se deben colocar en el número de las supersticiones; pero la Iglesia, lejos de autorizarlas, las condena. Los teólogos entienden por *vana observancia* el emplear un medio cualquiera para producir un efecto con el cual este medio no guarda ninguna proporción ni ninguna relación natural, y que no puede tener eficacia alguna por institución de Dios ni de la Iglesia. De donde se infiere que si produjese realmente algún efecto, no podría suceder de otro modo que por mediación del demonio. Tales son los preservativos contra algunas enfermedades, tanto de hombres como de animales, cuyos preservativos por sí mismos no pueden tener ninguna virtud. Tales son los secretos imaginarios á los que se les han llamado *arte notoria*, *arte de S. Pablo*, *arte de los espíritus*, etc. V. ARTE.

Debemos colocar en la misma línea la observación de los tiempos, de los días, meses y años, la distinción de los días felices ó desgraciados, los horóscopos, etc. Thiers ha hablado con extensión acerca de todas estas *vanas observancias* en su *Tratado de las Supersticiones*, l. 4; da una noticia circunstanciada de las diferentes especies, y cita pasajes de la Sagrada Escritura, de los PP. de la Iglesia, de los concilios, de los estatutos sinodales y de los teólogos que las reprobaban.

En vano los protestantes han querido hacer considerar todos estos absurdos como un vicio inherente á la religión católica; no han conseguido curar de este vicio á sus secuaces, siendo preciso para esto extirpar totalmente la ignorancia de los pueblos, la debilidad de espíritu, la credulidad, los terrores pánicos, la adhesión ciega á la vida, á la salud y á los bienes de este mundo. Estas enfermedades son tan antiguas, y están tan extendidas como la humanidad; durarán probablemente tanto como el linaje humano, y en ninguna parte se emplea más esmero para sanar de estas enfermedades á los pueblos que en la Iglesia católica. V. SUPERSTICION.

OBSERVANCIA. Se llama también la de los estatutos y usos particulares de algunas comunidades ó congregaciones religiosas. Entre los carmelitas se distingue los de la antigua *observancia* de los que abrazaron la reforma hecha por santa Teresa, y á los cuales llamamos *carmelitas descalzos*. Entre los

bernardos, los religiosos de la *estrecha observancia* son los que volvieron á adoptar todo el rigor de la regla de S. Bernardo, tales son los de la Trapa y de Sept-Fonts. Los cordeleros ó franciscanos se dividen en *observantes* y en *conventuales*.

A poco de haber ocurrido la muerte de S. Francisco, muchos de estos religiosos mitigaron su regla, habiendo alcanzado de sus generales y de los papas el permiso de poseer rentas y fondos, de calzarse, etc. Otros, mas fervorosos, perseveraron en la *observancia* del instituto de su fundador, y tomaron el nombre de *observantes*, para distinguirse de los primeros, á quienes se les llamó *conventuales*. Con el tiempo se notó cierta tibieza y relajacion, siendo tambien preciso reformar á los mismos observantes, y se distinguieron la pequeña y la grande ó estrecha *observancia*. S. Pedro de Alcántara fundó esta última el año 1535 en España; estos son los franciscanos descalzos. La misma razon habia ya dado lugar á las reformas de los capuchinos, recoletos y de los terceros ó picpus.

Conviene observar que la costumbre de andar con los piés desnudos es mas soportable en España y en Italia que en los países setentrionales; al esparcirse por todas partes, se han visto obligados á conformarse en algun tanto con la temperatura del clima.

OBSERVANCIAS LEGALES. V. LEY CEREMONIAL.

Observar. En la Escritura santa, este término significa algunas veces tomar precauciones. *Job*, xxiv, 15, dice que el adúltero *observa para caminar que llegue la noche, á fin de no ser conocido*. *Observar la boca* de alguno, significa acechar sus palabras, con objeto de sorprenderle; pero en el *Ecles.*, viii, 2, *observar la boca* del rey, es ejecutar sus órdenes. Significa tambien examinar con rigor. David dice á Dios, *salm.* cxxix, 3: Señor, si *observais* nuestras iniquidades, ¿quién podrá sufrir el rigor de vuestro juicio? En el *libro 1º de los Reyes*, ii, 32, se habla de las mujeres que *observaban* ó velaban á la puerta del tabernáculo. San Pablo dice á los gálatas que judaizaban, iv, 10: « Vosotros *observais* los dias, meses, tiempos y años. » Muchos intérpretes creen que los reprendia porque *observaban* las *neomenias*, las fiestas y ayunos del calendario de los judíos; mas algunos PP. de la Iglesia han sido de opinion que los reprendia por distinguir los dias felices y desgraciados, como los paganos; quizá los gálatas eran reos de ambos abusos. En S. Lucas, xvii, 20, Jesucristo dice á los fariseos

que el reino de Dios ó el reinado del Mesías no llegará con un brillo externo que le haga *observar, cum observatione*.

Obsesion. Debemos distinguir entre la *obsesion* del demonio y la *posesion*. Un hombre está poseido cuando el demonio ha entrado en su cuerpo, cuando le agita y le atormenta, ya sea continuamente, ó bien por intervalos. Está únicamente obseso, cuando el demonio, sin entrar en su cuerpo, le persigue por fuera, le fatiga y le hace obrar. La Sagrada Escritura nos suministra varios ejemplos de ambos estados penosos.

Se dice en el *libro 1º de los Reyes*, xvi, 41, que el Espíritu del Señor se retiró de Saúl, y que de tiempo en tiempo este rey era atormentado por un espíritu maligno por permission de Dios; en el *libro de Tobías*, iii, 8, que Sara, hija de Raquel, habia tenido siete maridos, y que un demonio llamado Asmodeoles habia quitado la vida al tiempo de querer acercarse á ella. Por consiguiente esta jóven estaba obsesa por un demonio, pero el cual solo empleaba su malicia contra sus maridos. Los ejemplos de *posesion* son frecuentes en el nuevo Testamento.

Se miran, con justa razon, estos dos accidentes como otros tantos castigos sobrenaturales que Dios permite, ya para castigar á los que por el crimen entregaron con anterioridad su alma al demonio, ó bien para ejercitar la paciencia de las almas buenas. La Escritura santa representa á la hija de Raquel como una persona virtuosa é irreprehensible, la cual se hallaba penetrada de dolor por la funesta suerte de sus maridos.

Los síntomas de una *obsesion* real son con corta diferencia los mismos que los de la *posesion*; se deben tomar las mismas precauciones para juzgar de uno y otro accidente; la Iglesia prescribe los mismos remedios para ambos, la oracion, las obras buenas, los exorcismos, sin omitir los medios naturales de restablecer la salud del cuerpo, que la medicina puede administrar.

Muchos críticos, sin ser incrédulos, pretendieron que las *obsesiones* y las *posesiones* eran unas enfermedades puramente naturales, en las que el demonio no tiene parte alguna, que eran únicamente ataques de melancolía, de epilepsia, catalepsia ó manía; que se pueden explicar los casos que acabamos de citar de la Sagrada Escritura, sin recurrir á la intervencion del demonio: nosotros probaremos lo contrario en el artículo POSESION.

Ocasion. V. CAUSA.

Octoso, Ociosidad. Este vicio está

prohibido con tanta severidad por la moral cristiana como por la ley natural. Uno de los errores que Jesucristo reprendió mas á menudo á los fariseos, era su obstinacion por el reposo ú ocio en el dia del sábado; les aseguró constantemente que las obras de caridad eran mas agradables á Dios que la inercia absoluta en la cual hacian consistir la santificacion del sábado. S. Pablo exhorta á los fieles se procuren ó adquieran por medio del trabajo, no solo con qué proveer á sus necesidades, sino aun con qué socorrer á los pobres. *Efes.*, ix, 28. Se propone así mismo por ejemplo, y lleva la severidad hasta el punto de decir que el que no quiere trabajar no merece tener que comer. *Epist. á los Tesal.*, iii, 8. La caridad, que es el carácter distintivo del cristianismo, nunca fué una virtud ociosa.

Esta moral fué exactamente seguida. Muchos cristianos, dice M. Fleury, trabajaban con sus manos simplemente por evitar la *ociosidad*. Les estaba sumamente recomendado evitar este vicio, y los que son inseparables de él, como la inquietud, la curiosidad, la meledicencia, las visitas inútiles, los paseos, el examinar la conducta de los demás. Se exhortaba á cada uno que se ocupase en algun trabajo útil, principalmente en obras de caridad para con los enfermos, en favor de los pobres y hácia todos los que tenían necesidad de sus auxilios.

Por consiguiente, fueron muy injustos los paganos cuando acusaron algunas veces á los cristianos de que eran hombres inútiles, porque no solicitaban las profesiones que disipan demasiado ó que pueden ser peligrosas, por ejemplo, el comercio tal como se hacia en aquel tiempo, la pretension de los negocios y los destinos públicos; pero no renunciaban á estos cargos cuando se veian precisados á adoptarlos. Así nuestros apologistas refutaron con energía la calumnia de los paganos. « No comprendemos, les dice Tertuliano, en qué sentido nos llamais hombres inútiles. No somos ni solitarios ni salvajes, tales como los brazmanes de la India, nosotros vivimos con vosotros y como vosotros. Frecuentamos el foro, la plaza pública, los baños, los mercados, las tiendas y los sitios donde se tratan los negocios; nosotros soportamos como vosotros los trabajos de la navegacion, de la milicia, de la agricultura y del comercio; nosotros ejercitamos vuestras artes y vuestros oficios; no evitamos mas que vuestras asambleas supersticiosas. » *Apolog.*, c. 42; *Orig.*, *contra Celsum*, l. 8, etc.

Los censores modernos del cristianismo

tampoco se expresan con mas fundamento cuando dicen que nuestra religion ha consagrado la *ociosidad*, aprobando el estado monástico. La Iglesia, lejos de caer en esta falta, mandó desde luego á los clérigos aprendiesen un oficio para subsistir con decencia. *Cán.* 51 y 52 del cuarto concilio de Cartago. El trabajo de manos se impuso severamente á los monjes, y la regla de S. Benito tambien se lo manda á los suyos. Casiano y otros autores aseguran que los solitarios de la Tebaida eran muy laboriosos, que se adquirian por su trabajo, no solo con qué subsistir, sino tambien para hacer limosnas; lo mismo sucedió respecto á los monjes de Inglaterra. Bingham, *Orig. ecles.*, l. 7, c. 3, § 10. Tampoco se les acusará al presente á los cristianos de Senart y del monte Valeriano, ni á los religiosos de la Trapa, de ser *ociosos*; han observado con exactitud la vida de los primeros monjes, y los religiosos orientales la han conservado.

Mas, despues de la inundacion de los bárbaros en Europa, la Iglesia se vió obligada á variar de disciplina; estos hombres feroces no hacian caso mas que de la profesion de las armas; toda especie de trabajo era deshonoroso á sus ojos; era una señal de esclavitud y de bajeza; el no hacer nada era un título de nobleza. Hubo necesidad de elevar los monjes al sacerdocio despues de la ruina del clero secular; para honor de este carácter, fué preciso dispensarlos del trabajo de manos, y recomendarles únicamente la oracion, la lectura, el estudio y el canto de los salmos. *Fragmento de un concilio de Aix-la-Chapelle, ó Aquisgran*, en la *Coleccion de la Hist. de Francia*, tom. 6, pág. 445.

En el dia, los protestantes y los incrédulos á quienes los primeros han imbuido hacen criminal por esto á la Iglesia; pero es preciso atribuirlo á la necesidad y desgracias que padeció la Europa; la preocupacion de los bárbaros sobre este particular aun subsiste juntamente con otros vicios; aun cuando los ermitaños de quienes hemos hablado hubieran sido todos santos, no por esto se les apreciaria mas. V. MONJES.

Octaplas. La obra de Origenes, llamada así, era una especie de Biblia poliglota, arreglada en ocho columnas. Contenia: 1º el texto hebreo escrito en caracteres hebraicos; 2º el mismo texto en caracteres griegos; 3º la version griega de Aquila; 4º la de Symmaco; 5º la de los Setenta; 6º la de Teodocion; 7º la que se titula la *quinta griega*; 8º la que se llama la *sexta*. Este sabio Padre de la Iglesia habia comprendido con suma